

Y llegó el año 1813. La vuelta del vencedor de los Arapiles a Lisboa desde Cádiz, donde había recibido el homenaje de las Cortes por sus victorias, puso en marcha inmediatamente al ejército anglo-hispano. Trabajó activamente en la reorganización de sus tropas, acoplando cuadros de mando, agrupando divisiones y reintegrando la disciplina un tanto olvidada. Así pasaron algunos meses hasta que el 22 de mayo se puso en campaña avanzando de Oeste a Este con objeto de cortar el camino de Madrid a la frontera francesa.

El coronel Palarea con sus húsares había pasado a depender de la división del duque del Parque, del que formaba la vanguardia, cubriendo con sus tropas las avenidas de la Mancha, Toledo y la Jara y liberando, con sus continuos movimientos, a gran cantidad de pueblos de pagar las exorbitantes contribuciones que exigían las tropas francesas. Tal variedad de terrenos le obligó a una mayor prudencia y como la seguridad de la división le estaba confiada, sus movimientos eran realizados con mucha cautela, sin pensar en encuentros que pudieran poner en peligro la extrema vanguardia del ejército aliado que él mandaba.

El término de la aventura napoleónica parecía acercarse y la prudencia se imponía a la audacia. Los vencedores se entendían entre sí o procuraban entenderse con el mando único a que estaban sometidos. Los continuos movimientos de las avanzadillas servían para impedir la ociosidad, mantener rígidamente la disciplina y acostumar a los soldados

